

Pregonero de Justicia

Dedicado a la restauración del cristianismo del Nuevo Testamento
en esta generación — *sólo por gracia, sólo por Cristo, sólo por fe*

Julio - Diciembre, 1979

Volumen 3, Número 3

Cartas, pág. 2

Editorial:

El Poder de la Imputación, pág. 4

De Vuelta a lo Irracional a lo Supersticioso
y a lo Místico, pág. 5

El Poder de la Palabra, pág. 10

Consumado Es, pág. 13

Gracia y Justicia, pág. 17

El Excitante Descubrimiento de la Vida
Llena del Espíritu, pág. 24

Pregonero de Justicia es una revista dedicada a la restauración del cristianismo del Nuevo Testamento en esta generación. Está destinada especialmente a sostener la gran verdad de la *justificación por la fe* que presentó el apóstol Pablo, y más tarde los reformadores, en este tiempo cuando aquella verdad está siendo amenazada por el humanismo, el pentecostalismo y el ecumenismo. Viendo la necesidad de una revista no sectaria, basada en el principio de la Reforma, "sola scriptura", los redactores y promotores de esta revista se han unido para producir una publicación cuya norma es la Biblia y solamente la Biblia como única regla de fe y práctica. El propósito de esta revista es dar a la trompeta del Evangelio son certero (1 Cor. 14:7-9), para que a través de palabras de fácil entendimiento podamos quedar todos "confirmados en la verdad presente" (2 Ped. 1:12), y cual Noé ser, "pregoneros de justicia" (2 Ped. 2:5).

Editor: Roberto D. Brinsmead
 Editor Asociado: Ricardo Marín

Patrocinadores: Un grupo de cristianos cuyo blanco es fomentar la restauración de las enseñanzas del Nuevo Testamento. Esta revista no tiene patrocinio denominacional. Ella es sostenida solamente por ofrendas voluntarias de aquellos que ven en *Pregonero de Justicia* una esperanza y salvaguardia para la generación actual.

Colaboradores: Siendo que la verdad está por encima de las preferencias y los prejuicios de cualquiera denominación, los editores dan la bienvenida a los escritos de quienes deseen colaborar y los juzgarán por sus méritos solamente. Si desea que se le devuelva su manuscrito, favor de avisarnoslo cuando lo envíe.

Subscripciones: Las subscripciones son gratis para los que lo soliciten personalmente. Use el cupón provisto en la última página.

Cambio de dirección: Favor de avisarnos su cambio de dirección.

Rights reserved. Copyright © 1979 by *Pregonero de Justicia*, P. O. Box 700 Fallbrook, California 92028 EE. UU. Reservados todos los derechos. Reproducción en total o en parte sin obtener permiso escrito se prohíbe.



Acabo de recibir, por las manos de un amigo mío, la edición de agosto del año corriente de su revista interdenominacional, el *Pregonero de Justicia*. Me impresiona mucho. Si fuera posible, les pediría unos diez ejemplares de esta valiente edición—pues me servirían de buen apoyo en algunas clases de teología que empiezo a enseñar.

C. L., Profesor de Teología
 Ecuador

Pregonero de ? Favor de cancelar mi suscripción inmediatamente. Les estaría muy agradecido.

M. A. R.
 Puerto Rico

Los felicito, les admiro y animo a la continuación de la inmensa labor que están haciendo. De veras que están "barriando" con muchas de las publicaciones religiosas.


J. C.
 Texas, EE.UU.

En las páginas de *Pregonero de Justicia* reflejan la manera como debemos luchar para sacar el mundo de las iglesias y evitar el fanatismo religioso incrustado en las emociones experimentales: factores que llevan a un evangelio liviano, ligero, vacío y sin el poder de Dios.

E. B. B.
 Chile

Cartas

Dirijan sus cartas a PREGONERO DE JUSTICIA,
P. O. Box 700, Fallbrook, California 92028



Deseo expresarles mi reconocimiento y agradecimiento por la labor desplegada por ustedes en la difusión de la doctrina bíblica de "justificación por la fe", que por tantas doctrinas erróneas parece estarse extinguiendo, aún en muchos hermanos protestantes. Puedo asegurarles que en la mayoría de las iglesias evangélicas de Panamá, la mayor parte de los hermanos no tienen este concepto muy claro y que estas publicaciones ayudan a aclarar estos puntos doctrinales. Sin embargo, me preocupa un poco el tono o la forma muy fuerte en que se refieren a los hermanos pentecostales. Reconozco que ellos también emplean un tono similar al referirse a nosotros calificándonos de cristianos "frios", pero no creo que debemos seguir su ejemplo.

De todas formas, creo que están llenando una necesidad hoy en día y les aliento a seguir adelante.

D. U., Diácono
Panamá

Pregunto a los Srs. de *Pregonero de Justicia*, ¿Cómo ser más objetiva? Por favor envíenme una respuesta.

F..R. J.
Perú

**Enfatizamos lo objetivo sobre lo subjetivo porque vemos que el problema original del hombre es poner su vista en lo subjetivo y olvidar lo objetivo. Cuando usamos estas palabras nos referimos a lo objetivo como algo fuera de uno mismo. Lo subjetivo trata de cosas dentro de una persona—como sus pensamientos, su experiencia o sus propias impresiones.*

En lo que toca a ser más objetiva en su fuente de dirección debe tener a la Palabra de Dios y no a las ideas propias o sentimientos personales como guía. La Biblia es objetiva—aparte de nosotros—aparte de nuestra experiencia personal. En cuanto a ser más objetiva respecto de la base de nuestra aceptación para con Dios, debemos quitar nuestra vista de nuestra experiencia cristiana y ponerla sobre la experiencia de Cristo. La vida que Cristo vivió hace dos mil años se encuentra aparte de nosotros a la diestra del Padre. En cuanto a ser más objetiva respecto de la aceptación de otros cristianos, debe aceptarlos sobre la misma base que Dios los acepta y no juzgarlos según sus propias ideas de santidad—los que tienen a Cristo tienen la vida eterna.

La experiencia cristiana (lo subjetivo) es muy importante, pero sólo puede crecer mientras la vista del cristiano se fija sobre la experiencia de Cristo vivida ya hace dos mil años (lo objetivo). —Editor asociado.

Editorial: El Poder de la Imputación

Este número trata con el poder. El Dr. Zwemer comienza mostrando cómo la era dorada del materialismo ha llegado a un fin sorprendente, dejando a la gente mirando de nuevo hacia lo místico y lo religioso en busca de una repuesta para los anhelos de su vida. En su artículo, "El poder de la palabra" el pastor Dickinson capta la idea del poder real y nos señala hacia ella. El Sr. Marsh describe la mayor exhibición del poder de Dios; y desde los días de la Reforma Protestante resucitamos a Martín Chemnitz para que nos defina el significado de la gracia y de la justicia.

Muchos hoy día están buscando el poder de lo que se ha denominado como "la vida llena del Espíritu". El Editor levanta nuestra mirada al más excitante descubrimiento de una vida llena del Espíritu.

A través de todo este número prevalece un pensamiento—una verdad toma la preeminencia. Es nuestra convicción de que el redescubrimiento de esta verdad es la única esperanza de la iglesia cristiana para volver a tener una influencia poderosa sobre la humanidad. Así como en los días de Pablo, volverá a tornar el mundo al revés. Y esta verdad es la verdad de la justificación mediante la imputación—la verdad de la aceptación para con Dios debido a los hechos de Otro y no a los nuestros.

—R. M.

De Vuelta a lo Irrracional a lo Supersticioso y a lo Místico

Jack D. Zwemer



Gran parte del pensamiento de la Era de las Tinieblas era irracional, supersticioso y místico. Se pensaba que las funciones normales del cuerpo eran afectadas mediante la intervención directa de poderes sobrenaturales. Frecuentemente se atribuían las enfermedades a la influencia de los cuerpos celestes o a la posesión de demonios. No era algo fuera de lo común agujerearle el cráneo a un hombre cuando tenía fuertes dolores de cabeza para libertar los espíritus.

Se consideraba a la tierra—y junto con ella al hombre—como el centro del universo. Esto se hallaba en estrecho paralelismo con el pensar religioso de la época. La doctrina de la iglesia, de justificación mediante una *gracia infusa* hizo que el hombre mirase dentro de sí en busca de salvación en su propia experiencia mística. La civilización se estaba ahogando en un

Jack D. Zwemer es un erudito cristiano laico, cuya profesión es la de profesor de odontología.

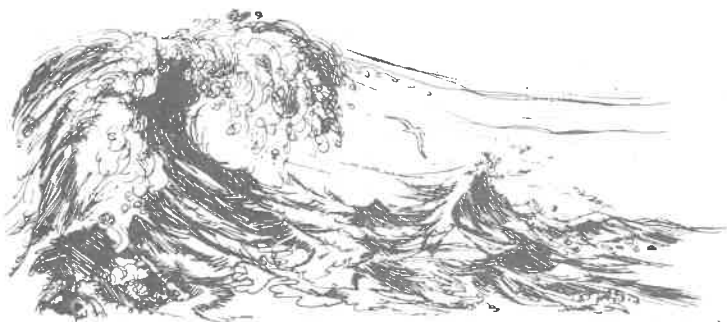
mar de subjetivismo religioso. "El mediodía del papado fue la medianoche del mundo." —Wylie.

La Reforma fue una poderosa liberación del arrastrante subjetivismo religioso. Mediante un claro énfasis en el "pecado original", los reformadores mostraron que era algo inútil procurar la realización interior dentro del proceso histórico. Y proclamando la enseñanza paulina de la justificación a través de una justicia imputada—doctrina perdida de vista desde mucho tiempo atrás—cambiaron la atención del hombre desde sí mismo y su experiencia religiosa subjetiva hacia Cristo y a sus actos redentores y objetivos.

Sin embargo, la Reforma no fue el único movimiento que logró que el mundo dejara de pensar que esta tierra era el centro del universo. El argumento de Copérnico para una visión más iluminadora del movimiento de los cuerpos celestes conmovió los cánones filosóficos y teológicos más fundamentales del momento. En verdad, él "restableció las más antiguas demandas intelectuales de la investigación científica" —Stephen E. Toulmin. En lugar de estar encadenados a un dogmatismo ciego y supersticioso, los ojos de los hombres fueron abiertos para investigar, observar y arribar a conclusiones en base a evidencia empírica. Con el nuevo método científico, que hacía hincapié sobre la evidencia objetiva, renacieron la razón y la lógica. La chispa encendida en aquél entonces lanzó al mundo a la era científica con una tremenda aceleración de conocimientos.

A medida que la naturaleza rendía sus secretos al método científico objetivo, el hombre descubrió que podía comprender racionalmente cosas tales como la circulación de la sangre, la digestión, la genética y las enfermedades. Ya no necesitaba sospechar más de que esto se debiera a la acción de brujas, fantasmas y duendes. De hecho, los avances científicos vinieron a ser tan asombrosos que el hombre moderno comenzó a pensar que dentro de poco ya no habrían más secretos, no más misterios—que todas las cosas podían ser descubiertas y entendidas por el frío racionalismo humano.

El impacto definitivo que en el hombre moderno tuvo el Renacimiento con todos sus logros deslumbrantes y humanistas ensombreció completamente al de la Reforma. De hecho, hay buenas razones para pensar que las grandes ideas de la Reforma han quedado virtualmente perdidas, aún en las sociedades más protestantes. Los hijos de la Reforma asistieron a



colegios donde fueron agasajados por las maravillas y posibilidades de la ciencia. La ciencia se constituyó en la nueva religión—junto con el liberalismo y el racionalismo. Existía el temerario sentimiento de que la ciencia podía resolver todos los problemas. Mientras los místicos medievales procuraban la realización interna en la experiencia espiritual, nuestra era ha buscado asiduamente la realización humana en los logros materiales y científicos.

Cuando Revienta la Ola

Para no percatarse de la voltereta que ha dado la ola en los últimos diez años, el hombre tendría que ser ciego. En una final y deslumbrante demostración de la gloria científica, el hombre llegó a la luna. Justamente en el mismo instante encontró que todo este idealismo material estaba tan muerto como la corteza lunar. Ahora hay una creciente desilusión con la ciencia. Hay un despertar al hecho de que, después de todo, el humanismo racionalista no nos ha acercado a la solución de nuestros problemas básicos—ni mucho menos nos ha traído la realización interior. De hecho, el genio de la ciencia desató los horrores de la guerra nuclear, sofocó las magníficas autopistas con automóviles contaminantes, ingenió más grandes maquinarias para despojar el medio ambiente y desarrolló comunicaciones para destruir los santuarios de la privacidad humana. Aparte de este costo insufrible del progreso, hay una conciencia creciente de que la ciencia tiene límites definidos. Como lo dice el biólogo Gunther Stent, hay misterios que per-

manecen “escondidos en una sucesión incansable y sin fin de cajas chinas”.

Comprendiendo que no hay realización interior en el idealismo materialista, el hombre occidental se encuentra atrapado con la tendencia de buscar su muy ansiada satisfacción en el espiritismo y en la experiencia religiosa. Esto es lo que resta detrás de la popularidad reciente del pentecostalismo occidental y del misticismo oriental. En principio, es un retorno a la filosofía religiosa de la iglesia medieval—con todo lo que esto significará para la civilización y la religión.

Con esta retirada del objetivismo científico, hay un marcado retorno a lo irracional, a lo no objetivo, a lo místico y a lo supersticioso. Tal desarrollo es más notable en Norteamérica—la nación más iluminada y desarrollada de la tierra. Es sorprendente la extensión de las artes brujas, de la superstición y del bizarro misticismo religioso que ahora se practican a través de la nación.

Este fenómeno se despliega hasta un grado notable en algunas de las extrañas artes de curación que están atrayendo la atención general. Día a día crecen en popularidad los practicantes del hipnotismo con péndulo, los mediums espiritistas y curanderos que no tienen más iluminación ni eficacia que los doctores brujos.

La religión ha quedado impregnada de la filosofía existencialista que, en lugar de ser una fortaleza en contra de la superstición, ha provisto una base firme para la misma. La gente se halla presta para probar cualquier cosa que “trabaje”—intentos de comunicación con los muertos, parapsicología, hablar en lenguas, encantamientos mágicos, astrología—y para procurar todo milagro y maravilla.

Una civilización que se burló de todos los misterios y que, en frío racionalismo, descartó lo sobrenatural, está ahora lista para apresurarse hasta lo último en pos de las más fantásticas supersticiones, guiada por nada mejor que estos lemas subjetivos: “Si funciona, debe estar bien”, o “La prueba del pastel está en comérselo”.

Y no hay razón para regocijarse porque vemos lo que muchos llaman ahora el más grande reavivamiento religioso que el mundo jamás haya presenciado. La Biblia dice explícitamente que esta condición existirá en el mundo inmediatamente antes de la segunda venida de Cristo—y que será satánicamente inspirada en un atentado por destruir la verdadera fe y

obediencia entre el pueblo de Dios en el fin mismo del tiempo (véase 2 Tes. 2: Apo. 13:13, 14; 14:12; 16:13-15; 18:1-5).

Así es como el péndulo se ha balanceado de lado a lado en la desesperada búsqueda del hombre por una realización interior en la experiencia religiosa. Primero, lo material, lo real y el cuerpo eran considerados escasamente. Luego, en el Renacimiento, el hombre trató de hallar su satisfacción en lo material, en lo real y en el cuerpo. Lo espiritual, lo religioso y lo sobrenatural eran cosas de poca consideración. Ahora el ímpetu se ha vuelto a la filosofía medieval con todo lo que esto implica.

La Tercera Alternativa

A medida que el hombre sigue oscilando bajo la influencia y el dominio del dualismo platónico, debemos preguntarnos, ¿habrá una tercera alternativa? Nosotros contestamos ¡Sí! Y es la gran comprensión de la Reforma del mensaje cristiano —una comprensión que lleva las más profundas consecuencias para la iglesia y para la sociedad.

Desafortunadamente buscamos en vano dentro del escenario americano alguna institución que perciba o sostenga las grandes perspectivas de la Reforma. Aún el protestantismo evangélico conservador ha perdido a tal grado el contacto con su propia herencia que escasamente difiere del catolicismo romano en su énfasis religioso más fundamental.

Por consiguiente, la restauración de la gran verdad de la justificación por la fe—sobre la cual la iglesia se sostiene o cae—depende de la recuperación de la historia. La verdad que una vez tan noble y valientemente fue exaltada debe desplegarse otra vez para una nueva y final Reforma. Sólomente así es como la iglesia puede salir “Hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejércitos en orden” (Cantares 6:10).

El Poder de la Palabra

Curtis Dickinson

El hombre de mentalidad carnal puede pensar del poder sólomente en términos de lo que de éste pueda verse o percibirse a través de los sentidos. Se olvida de que todo poder es invisible, y que el más temible de los poderes es el de la palabra. A la orden de una palabra marchan los ejércitos; por una palabra los hombres son exaltados o degradados; por una palabra se cambia el curso de una nación. Las palabras pronunciadas en el hogar repercuten en tensiones emocionales que se dejan sentir en los negocios, en el gobierno y en toda la sociedad, alterando las vidas de millones. Santiago no exageró al decir que la lengua es un miembro pequeño que se gloria de grandes cosas.

Si las palabras de un hombre tienen tal poder, ¿cuánto más la Palabra de Cristo? El era el Verbo (La Palabra) que era “en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas. . .” Juan 1:1-3. El poder de Dios está en su Palabra. “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos. Y todo el ejército de ellos por el espíritu de su boca.” Sal. 33:6. En la creación las palabras expresaron la voluntad de Dios y causaron que ésta se realizara. Habló y fue hecho. La carta a los Hebreos dice que Cristo sustenta “todas las cosas con la Palabra de su potencia.” Heb. 1:3.

Jesús obró sus grandes milagros mediante las palabras que brotaban de sus labios. Al mar dijo: “calla, enmudece”. Al paralítico dijo: “levántate”. A un hombre que tenía cuatro días de muerto dijo: “Lázaro, ven fuera”. Y fue a través de sus palabras que los hombres escucharon que sus pecados estaban perdonados. Al lisiado dijo: “Hijo, tus pecados te son perdonados”. A una mujer sorprendida en adulterio, dijo: “Ni yo te condeno, vete y no peques más”. ¿Qué experiencia posible podría significar jamás tanto como conocer que el Señor había hablado palabras de perdón?

Traducido de *The Witness*, enero 1973 (vol. xiii, No. 1). Reimpreso con permiso. Curtis Dickinson es un pastor de la Iglesia de Cristo.

Quando el Espíritu Santo vino en poder sobre los apóstoles se dispuso, mediante las palabras que salían de sus labios, que se diesen a conocer el Evangelio y los medios accesibles para la remisión de los pecados. "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados". Las llaves del reino eran estas palabras, dadas por Cristo a Pedro, a las cuales tres mil respondieron aquel día y fueron "añadidos" a la iglesia. Cuando el apóstol Pablo apareció en el escenario (aquél cuya vida se hallaba repleta de experiencias), declaró del Evangelio: "... es poder de Dios para salvación" (Rom. 1:16). No se predicó a sí mismo ni a sus experiencias, sino la Palabra de Dios con referencia a la muerte y resurrección de Cristo, y el poder se manifestó a través de toda la tierra.

El poder no es nuestra experiencia subjetiva. El poder es lo que Dios ha hecho por medio de Jesucristo, y viene a ser efectivo para nosotros cuando creemos y nos apropiamos de la Palabra de verdad en fe. El poder de Dios es el poder que él mismo tiene para limpiarnos de todo pecado por medio de la muerte de Cristo; y cuando él nos declara limpios, somos limpios. Ese pronunciamiento se hace a través de las Escrituras, aquello que "Dios . . . nos ha hablado por el Hijo".

Nuestra generación se caracteriza por las dudas y los temores, por una búsqueda frenética de significado para la vida. Las iglesias están cambiando sus credos para hacerse aceptables a los incrédulos. El testimonio no es "Dice Jehová" sino "yo pienso". Donde Pablo dijo: "Yo sé" su contraparte moderna dice: "Yo siento".

En lugar de mirar al testimonio dado por Cristo, millones codician la excitación de una nueva experiencia enervante. Desean hallar una experiencia más rica que la fe en el Evangelio porque no logran entender la gloria del Evangelio; el hecho de que Cristo nos ha hecho aceptos para sí mediante su muerte y resurrección. Están volviendo sus ojos hacia su propio interior, cuando el verdadero objetivo de nuestra atención debería ser Cristo y sus mandamientos. Un sentimiento prevalece; que los que nos refugiamos en la Palabra revelada de Dios estamos dependiendo de la "letra" de la ley, mientras que los que se gozan en las experiencias están viviendo "en el Espíritu". Se equivocan los tales al no entender que la evidencia de la operación del Espíritu no son las señales ni los sentimientos, sino el fruto de la verdad. La experiencia que Jesús

demanda de nosotros es la de obedecer su Palabra.

En cierta ocasión, después de Jesús haber obrado un gran milagro, una mujer irrumpió en exclamación: "Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste". De hecho, ¡qué clase de experiencia sería la de María por ser la madre del Mesías! ¿Podría haber una experiencia mayor? ¡Sí! Jesús le dijo: "Antes, bienaventurados los que oyen la Palabra de Dios, y la guardan." Luc. 11:28.

La Gracia

La gracia de Dios no es algo generado dentro del hombre o producido por las experiencias humanas, sino algo hecho por Dios mediante Jesucristo; y ésto hace cerca de 2,000 años en la cruz. Podemos conocerla sólo a través de las Escrituras, específicamente en las doctrinas concernientes a la venida de Cristo al mundo en carne humana; en la de su satisfacción a la penalidad de muerte sufrida en la cruz y la de su resurrección de entre los muertos a fin de que los creyentes pudieran también ser resucitados y vivir en su presencia para siempre. Esta gracia es una misma para todas las gentes; para todos los tiempos.

Aunque es cierto que comprender el perdón de los pecados y tener la esperanza de la inmortalidad es una continua experiencia gloriosa; y que el vivir bajo las mandamientos de Cristo es de cierto experimentar muchos cambios dramáticos, aflicciones y victorias, aún así, nada de esto tiene poder para salvar. La experiencia que nos salva es la que Cristo experimentó cuando murió en nuestro favor y resucitó de entre los muertos para ser nuestro Mediador y Rey Soberano. Jamás podremos experimentar algo que tan siquiera se asemeje a esto. Pero podemos creerlo. Puedo creer que él murió en mi lugar. Puedo arrepentirme y ser bautizado y saber que mis pecados están perdonados y saber que tengo la seguridad de la vida eterna.

¿Que cómo sé esto? Pues, porque así lo ha dicho él. Así el gozo no depende de las experiencias—éstas son a veces gozosas y a veces tristes—sino que es el producto de creer en Cristo, la "alegría y paz al creer en él" (Rom. 15:13, Versión Popular "Dios llega al hombre").

Nada que interponga la experiencia puede quitar esta alegría y paz. Se da en poder mediante la Palabra de Dios.

"Dios. . . nos ha hablado por el Hijo".

Consumado Es

Miguel Marsh



Todo cuanto es necesario para obtener nuestra salvación ha sido llevado a cabo por el obrar y el morir del Señor Jesucristo. El hizo esto solo (Isa. 63:3), y lo terminó total y completamente (Heb. 1:3). Ningún hombre o ángel puede añadir cosa alguna a Su obra terminada (Ecl. 3:14; Gál. 3:15-17).

Todo cuanto Cristo hizo lo hizo para nosotros. Su encarnación fue para nosotros (Isa. 9:6). El nunca hubiera sido el Hijo del hombre sino para hacernos a nosotros los hijos de Dios. El nunca hubiera sido hecho a la semejanza de carne pecaminosa sino para levantarnos a nosotros a la semejanza de Dios. Todos sus milagros fueron obrados para confirmar nuestra fe (Juan 11:42). Mientras vivió aquí en la tierra fue completamente separado para nosotros (Juan 17:19). El fue hecho maldición por nosotros (Gál. 3:13) y murió por nosotros (2 Cor. 5:14). Fue herido y enterrado en nuestro lugar (Isa. 53:5; Heb. 2:14, 15). Se levantó de la tumba y ascendió al cielo por nosotros (Rom. 4:25; Juan 14:2). El vive para nosotros (Heb. 7:25). Y cuando vuelva finalmente, es para nosotros (Juan 14:3).

El que intenta edificar muy alto debe establecer un fundamento amplio y profundo. El plan de la salvación se funda sobre la infinita humillación del Hijo de Dios. El era el resplan-

El Sr. Marsh es un estudioso laico de Nueva Zelandia residente ahora en los Estados Unidos de Norteamérica.

dor de la gloria de Dios (Heb. 1:3), y sin embargo, se humilló tanto en la forma humana que no se parecía a sí mismo, ni siquiera se asemejaba a un hombre (Sal. 22:6; Isa. 52:14; 53:3). Su humillación fue real y voluntaria delante de Dios y del hombre. No se dice que fue humillado sino que "se humilló a sí mismo" (Fil. 2:8). Vino a este mundo en el cuerpo de nuestra humillación y fue hecho "bajo la ley", con todo, él era "Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos" Rom. 9:5.

El Dios eterno nació en el tiempo. El Creador llegó a ser una criatura. Aquel que era igual al Anciano de Días se hizo un infante de días. No hubiera sido tan humillante para el sol caer de su esfera y llegar a ser un átomo errante, ni para un ángel ser echado del cielo y convertido en un gusano; por cuanto tales cosas solo fueron anteriormente criaturas y aún así, aunque fueran inferiores, después lo seguirían siendo. La distancia entre la superior y la inferior de las especies de las criaturas es una distancia finita. Pero la distancia corrida por el infinito Creador de todo para llegar a ser una criatura es un misterio que excede a todo el entendimiento humano. La distancia entre Dios y el más elevado de los ángeles es una distancia infinita. Sin embargo, Cristo se hizo hombre, no ángel. Se humilló a sí mismo y el mundo le escarneció (Isa. 53:2, 3). Le llamaron Belzebú, hijo ilegítimo o sólo "hijo del carpintero". En su juicio fue reconocido como "éste" (Mat. 26:61).

"Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos". 2 Cor. 8:9. El vino a este mundo y no hubo lugar donde acostar al infante. Caminó en la tierra y no hubo lugar donde poner su cuerpo. Cuando tomó nuestro lugar no tenía nada. Como alguien ha dicho, "se humilló, y en su humillación descendió tanto y tanto que llegó a un punto donde ya no podía descender más". Como cristianos deberíamos humillarnos, pero irrespectivamente de cuánto podamos hacerlo siempre habrá un lugar para nosotros de mayor humillación. Sin embargo, no sucedió así con este Hombre. El Dios infinito que es todo sabiduría podía decir verdaderamente, puedo buscar en el cielo y en la tierra pero no puedo encontrar un lugar más bajo al cual descender.

¿Ofendió y violó el hombre la ley de Dios? Contemplad cómo Dios mismo se hizo hombre para reparar la brecha y

dar en pago a la ley una satisfacción por el mal hecho. El mayor honor que jamás recibiera la ley fue el de tener a aquel Hombre, Cristo Jesús, en su tribunal de juicio dando reparación a sus mandatos quebrantados. Esto fue un honor mayor y una mayor gloria para la ley que si se hubiera derramado toda nuestra sangre y recibido su vindicación sobre las ruinas de toda la creación. No es lo mismo ver las estrellas oscurecerse que ver al sol eclipsado. Así de grande como Cristo era, así fue su humillación, mientras mas crecía su humillación más plena y completa era su satisfacción; y mientras más completa era su satisfacción, más perfecta y estable llegó a ser nuestra consolación. Si no se hubiera anonadado tanto, nuestro gozo y consuelo no serían tan exaltados. La profundidad del fundamento es la fortaleza de la superestructura, y vosotros sois "edificio de Dios", construído sobre ese "fundamento" (1 Cor. 3:9-11).

En la luz de la cruz, el corazón puede exclamar: "La condenación fue Tuya, para que la justificación fuera mía; la agonía fue Tuya para que la victoria fuera mía; el dolor fue Tuyo para que el alivio fuera mío; las heridas fueron Tuyas para que el bálsamo curador que brota de ellas fuera mío; el vinagre y la hiel fueron Tuyos, para que la miel y el dulce fueran míos; la maldición fue Tuya para que la bendición fuese mía; la corona de espinas fue Tuya para que la corona de gloria fuera mía; la muerte fue Tuya para que la vida comprada por ella fuera mía; Tu pagaste el precio para que yo disfrutara de Tu herencia". Y debido a esto "estáis completos en él" (Col. 2:10).

Aunque no podemos satisfacer total y perfectamente las demandas y exigencias de la ley, la obediencia completa de Cristo nos es imputada y nos presenta como completos y sin falta delante de Dios. ¡Oh, que cosa completa y perfecta es la justicia de Dios en Cristo! Permítase que el ojo escudriñador de un Dios santo y celoso la inspeccione desde todo ángulo, y no podrá encontrar la menor mancha o defecto en ella. Permitidle que la pese y examine detalladamente y aparecerá siempre pura y perfecta, conteniendo en sí todo lo necesario para nuestra expiación. Por tanto, cuán agradable y aceptable a Dios debe ser esa fe que le presenta tan completo y excelente sacrificio.

De aquí que la acción de la fe en Cristo para justicia, los acercamientos de la fe a Dios con una ofrenda tan aceptable,

sean la obra con la cual él está bien satisfecho (Juan 6:23, 29). Tal acto de fe le agrada más que si lucháramos por toda nuestra vida en labor de obediencia tratando de satisfacer plenamente todas las demandas de la ley. Se le da más honor a Dios y recibimos mayor consuelo cuando pagamos todo lo que le debemos en un solo pago, en una sola suma, en vez de estarle pagando pequeñas cantidades y nunca poder darle un pago completo o ver la deuda cancelada.

Debido a que en este mundo estamos acostumbrados a dar pagos a plazos (como cuando se compra una cosa y se paga poco a poco), en nuestra seguera laodicense transferimos este sistema a nuestra vida espiritual. Pensamos que con algo que guardemos de la ley—aunque muy pobremente hecho—y otros servicios y reformas, damos satisfacción a las demandas de la ley. Pero todo esto es una abominación a Dios porque proviene de un corazón malvado de incredulidad, porque la deuda ya fue pagada y porque estamos libres en Cristo. Nos inclinamos a pedir como aquel pobre hombre de Mateo 18:26; “Señor, ten paciencia conmigo y yo te lo pagaré todo”. Pero al igual que tal hombre, no tenemos un justo concepto de la grandeza de nuestra deuda o de la grandeza de nuestra miserable pobreza.

No se nos ha llamado al Monte Sinaí, al pacto de las obras, sino al Monte Sión “a Jesús, el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel” (Heb. 12: 18, 22-24). Habla, no de una deuda a ser pagada, sino de una deuda ya pagada y de una vida ya concedida.

Es aquél a quien mucho se le ha perdonado el que ama mucho. Si examinamos las Escrituras veremos que en un sentido no hay tal cosa para con Dios como perdonar más o menos. Dios perdona todo o nada, y nosotros le pagamos todo en una sola suma o nada del todo. Porque en este asunto no hay grados para con Dios.

Las palabras de Pablo a Filemón no son más que un eco de las palabras de Jesús a Su Padre respecto de nosotros: “Si me tienes por compañero recíbele como a mí mismo. Y si en algo te dañó o te debe, ponlo a mi cuenta. . . yo lo pagaré”. Filemón 17-19.

Escuchemos entonces su clamor “ ¡Consumado es! ” y vengamos a Dios por y en Cristo Jesús. Así no solo saldremos libres, sino como nuevos hombres y mujeres en él (2 Cor. 5:17).

Gracia y Justicia

Martín Chemnitz (1522-1586)



ARTICULO V

El Término "Gracia"

1. En las Escrituras la palabra "gracia" frecuentemente significa favor, buena voluntad o misericordia; de hecho, algunas veces significa los dones conferidos de buena voluntad. Con todo, la cuestión es qué cosa en particular significa el término "gracia" en esos pasajes en que Pablo arguye que somos justificados gratuitamente mediante la gracia de Dios. De igual forma "Por gracia sois salvos". Los testimonios no son ni oscuros ni ambiguos sino claros, seguros y firmes en cuanto a que la palabra "gracia" debe entenderse en este sentido de la misericordia gratuita, bondad, buena voluntad o

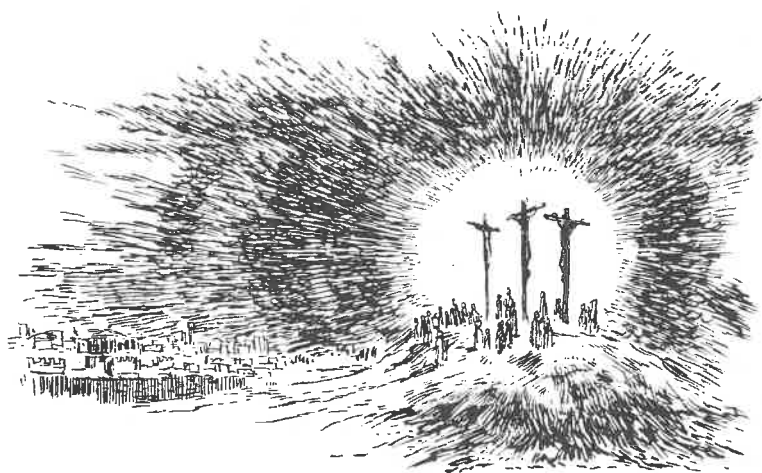
Nota Editorial: De tiempo en tiempo *Pregonero de Justicia* reproducirá en sus páginas artículos producidos en el pasado por faros de luz en la justificación por la fe. Seguido tenemos una porción muy significativa de la pluma de Martín Chemnitz. Chemnitz fue el mayor discípulo de Melancton y un príncipe entre los teólogos luteranos de su era. Los romanistas lo llamaron el segundo Martín Lutero. Chemnitz defendió brillantemente la doctrina de la justificación por la fe contra el Concilio de Trento. Reproducimos a continuación una sección de la traducción de su libro *Examination of the Council of Trent—Examen del concilio de Trento* (Concordia Publishing House), con el amable permiso de los publicadores.

Del libro *Examination of the Council of Trent* de Martín Chemnitz, Parte 1, traducido al Inglés por Fred Kramer. Copyright 1971 por Concordia Publishing House. Usado con permiso.

Este libro significativo en Inglés puede obtenerse de Concordia Publishing House, 3558 South Jefferson Avenue, St. Louis, Missouri 63118.

favor de Dios, quien abraza y recibe en su gracia al indigno, por causa de su Hijo, el Mediador. Porque Pablo, en Romanos 5, distingue claramente entre "gracia" y el "don de la gracia" como se distinguen la gracia y la verdad en 1 Juan 1. Decier-to que ambos son dones del Hijo de Dios, el Mediador. Sin em-bargo, cuando Pablo dice que somos justificados y salvados por gracia, el entiende esa gracia que las Escrituras distinguen del don de la gracia; esto es, él entiende no nuestra renova-ción sino la misericordia de Dios, o la aceptación gratuita. Esto se desprende de que Pablo, en el artículo de la justifica-ción, coloca a la gracia en oposición a las buenas obras; no solo contra aquellas que la razón efectúa sin el Espíritu Santo, sino también frente a las obras de Abraham, las cuales son do-nes y frutos del Espíritu. "Al que obra, no se le cuenta el sa-lario como gracia, sino como deuda". Rom. 4:4. Y lo que él dice en Rom. 3:24-28, que somos justificados por gracia sin las obras de la Ley, es lo que aplica en Romanos 4 a las obras del Abraham regenerado. De este modo ubica a la gracia justi-ficadora en oposición a las obras de Abraham hechas mediante la renovación del Espíritu. Porque la declaración en Rom. 11: 6 es general: "Y si por gracia, ya no es por obras; de otra ma-nera la gracia ya no es gracia". Y cuando Pablo dice, en 2 Tim. 1:9, que él nos ha salvado, "no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús, antes de los tiempos de los siglos" ciertamente la gracia no puede significar ahí cosa alguna inherente en nos-otros. Porque la gracia de Cristo nos fue dada antes de los tiempos de los siglos, cuando aún no existíamos, sí, cuando aún los fundamentos de la tierra no habían sido establecidos.

2. La Escritura muestra claramente mediante otros sinóni-mos o palabras equivalentes cómo desea que se entienda la palabra "gracia" en estos debates. En Tito 3:4 habla de "la bondad y el amor de Dios" por los cuales Dios abraza a la po-bre y perdida raza humana. En el mismo lugar dice: "Por su misericordia nos salvó. . . para que justificados por su gracia seamos hechos herederos . . . de la vida eterna". Y en Efesios 2:4: "Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aún estando nosotros muertos en pecado nos dió vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)". Así también está escrito en Heb. 2:9: "para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos"; lo que Pablo expresa así en Rom. 8:5: "Mas Dios muestra su amor para con nos-



otros, en que siendo aún pecadores. Cristo murió por nosotros". Y en Heb. 4:16 leemos: "Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro". Estas cosas son tan claras que tanto Tomás como Ricardo de Middleton confiesan que algunos de los antiguos explicaron la gracia como el buen placer y amor gratuito de Dios, por el cual él nos escoge, llama, justifica y adopta de acuerdo a Efesios 1.

ARTICULO VI

El adverbio "gratis"

1. Pablo añadió la pequeña palabra gratis a fin de ilustrar más plenamente el significado específico y verdadero del término "gracia" en el artículo de la justificación y salvación, y para asegurarlo contra las corrupciones: "Justificados gratuitamente por su gracia". Se entiende aquí el significado de la palabra hebrea חַנּוּן ("gratis"), por cuanto se ha puesto en contraposición a la idea de pago o de un precio de satisfacción, Gén. 29:15: "¿Me has de servir de balde (חַנּוּן)? Declárame qué será tu salario". Exo. 21:2: "Saldrá libre, de balde"; Núm. 11:5: "pes-

cado que comíamos . . . de balde"; 2 Sam. 24:24, "no ofreceré . . . holocaustos que no me cuesten nada". Significa también que se hace algo sin causa, o sin mérito, aparte o contrario al mérito, como en el Salmo 69:4: "me aborrecen sin causa"; Salmo 109:3, "pelearon contra mi sin causa"; Prov. 24:28, "No seas sin causa testigo contra tu prójimo"; 1 Sam. 19:5, "¿por qué pues pecarás contra la sangre inocente matando a David sin causa?" 1 Reyes 2:31, "Quita . . . la sangre que Joab ha derramado injustamente"

En estos ejemplos los intérpretes griegos siempre tradujeron la palabra hebrea בַּחֵן con la partícula $\delta\omega\rho\epsilon\acute{\alpha}\nu$ ("gratis"), la cual se usa en el Nuevo Testamento como sigue: 2 Cor. 11:7: "os he predicado el evangelio de Dios de balde"; Apoc. 21:6: "yo le daré . . . agua de vida gratuitamente"; 2 Tes. 3:8: "ni comimos de balde el pan de nadie sino que trabajamos con afán y fatiga".

2. He citado estos ejemplos porque ilustran el significado de la pequeña palabra *gratis*. De los enemigos de David se dice que le odiaron y persiguieron de *gratis* ("sin causa"), porque no hubo en David motivo ni deserción por los cuales debían ellos odiarle y perseguirle; mas bien ellos encontraron en él causa para no odiarle, pero la causa del odio estaba en la mala disposición de los enemigos. Y en Ezequiel se dice que Dios no castiga de *gratis* ("sin causa"), esto es, a aquellos en quienes no encuentra causa o motivo de castigo. De esto puede entenderse por qué Pablo en Romanos 3:24 añade a la palabra "gracia" la partícula "gratuitamente". Porque en Gén. 39:4, el texto dice que José "halló . . . gracia en sus ojos" Mas allí se añade la nota de que "fue varón prosperado" esto es, le amó y le hizo grande a cuenta de los eminentes dones que notó en José. Por lo tanto, para que ninguno piense que somos justificados y salvados por la gracia de Dios en esta forma, Pablo añade la partícula "gratuitamente" lo que demuestra (1) que la causa o el mérito por el cual somos justificados delante de Dios para vida eterna no es inherente en nosotros; (2) que Dios encuentra en nosotros muchas cosas por las cuales podría condenarnos; (3) que Dios recibe en gracia y acepta para vida eterna solo de pura bondad y misericordia por causa de su Hijo al indigno, quien merece algo completamente diferente. Esto es lo mismo que dice el salmista: "No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados," y lo que dice Daniel: "no . . . con-

fiados en nuestras justicias sino en tus muchas misericordias". Por consiguiente somos justificados gratuitamente (gratis) por la gracia de Dios, no debido a que somos o lleguemos a ser perfectamente justos y sin pecado en esta vida, sino debido a que la misericordia perdona y cubre por causa de Cristo los pecados que encuentra en nosotros (Rom. 4). "Porque ciertamente Dios estaba en Cristo, reconciliando el mundo a sí, no imputándole sus pecados" (2 Cor. 5:19). Y por medio de Cristo se nos ha predicado el perdón de los pecados de todo aquello de lo que no podíamos ser justificados por la Ley (Hech. 13:38-39). Porque tal es el "conocimiento de salvación . . . para perdón de sus pecados" (Luc. 1:77). Porque "si decimos que no tenemos pecado nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados." Porque "si alguno hubiere pecado abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo; y él es la propiciación por nuestros pecados" (1 Juan 1:8-2:2). Por lo tanto, al que confiare en aquel que justifica al impío, su fe le es contada como justicia sin obras (Rom. 4:5).

ARTICULO VII

Lo que es esa justicia que reclamamos en justificación contra el juicio de Dios. . . .

4. Nosotros no enseñamos que los creyentes son justificados sin justicia, una justificación del impío que Dios ha declarado abominación en Prov. 17:15 e Isa. 5:23, sino que decimos que es necesario que en la justificación venga e intervenga una justicia, y de hecho, no justamente cualquier clase de justicia sino una que sea suficiente y digna de ser declarada apropiada para vida eterna en el juicio de Dios. Sin embargo, nuestra justicia inherente, que comienza en la renovación mediante el Espíritu Santo, no es tal debido a la imperfección e impureza de la carne que lleva adherida a ella. Por lo tanto, se necesita una clase diferente de justicia mediante la cual, cuando se presente e interceda ante Dios, seamos justificados para vida eterna. Esta es, de hecho, la satisfacción y obediencia que es la justicia de Cristo, el Mediador, ofrecida mediante el mi-

nisterio de la Palabra y de los sacramentos; apropiada por la fe, e imputada por Dios a los creyentes; de tal manera que podemos interponerla entre el juicio de Dios y nuestros pecados, a fin de que seamos protegidos bajo ella de la ira divina que merecemos, como bajo un escudo para que "cubiertos por ella podamos confiada y seguramente presentarnos ante el tribunal divino y ser así pronunciados justos para vida eterna"

5. Por lo tanto, con respecto a Cristo, quien da a la Ley satisfacción por nosotros, es redención, mérito y justicia; pero con respecto a nosotros, es gracia o misericordia inmerecida, porque el juicio de Dios no halla en nosotros, aún en el regenerado, en esta vida una justicia inherente que sea suficiente y digna para que seamos justificados a cuenta de ella para vida eterna. Más bien halla en nosotros, aún en el regenerado, algunos, sí y varios, pecados que no conocemos lo suficiente, a cuenta de los cuales, si él quisiera entrar en juicio con nosotros de acuerdo a la severidad de la ley, podría condenarnos. Por consiguiente es por gracia gratuita que nosotros indignos e inmerecedores somos justificados. De hecho, la obediencia de Cristo es el mérito a cuenta del cual somos justificados. Siempre que Dios envió su Hijo al mundo y que Dios el Hijo, el Mediador, dió satisfacción a la ley por nosotros, lo cual ninguna dignidad nuestra, ningún mérito nuestro, ha procurado. Mas mereciendo algo muy diferente, Dios decretó y otorgó esto de pura gracia y misericordia.

Tampoco ameritamos por ninguna dignidad nuestra que la justicia de Cristo nos sea imputada a nosotros, sino que nos es imputada sin obras, gratis, por la gracia de Dios hacia los creyentes (Rom. 4:16). Así que respecto a nosotros es únicamente la pura y gratuita gracia, bondad, amor y misericordia de Dios cuando somos justificados delante de Dios para vida eterna. Esta explicación muestra que toda la doctrina de la justificación es clara y simple.

6. Pero nosotros mismos no hemos originado esta enseñanza de que Cristo, el Mediador, ha cumplido la ley por nosotros mediante la más amplia satisfacción de los castigos y mediante la más perfecta obediencia; y que esta justicia del Mediador sea imputada a los creyentes para que por ella seamos justificados delante de Dios para vida eterna. Sin embargo, esta es la doctrina específica y perpetua del Evangelio, de la cual solo anotaremos varias declaraciones claras:

Gál. 3:13: "Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición . . . para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles". Vosotros escucháis que los gentiles obtienen la bendición por la que son librados de la maldición a cuenta de la redención de Cristo, por la cual él fue hecho maldición por nosotros.

Gál. 4:4-5: "Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley a fin de que recibiésemos la adopción de hijos." Por consiguiente, somos adoptados como hijos a cuenta de la satisfacción y obediencia de Cristo.

2 Cor. 5:21: "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él". Pero ¿cómo fue Cristo hecho pecado? Ciertamente por imputación. Así es como somos hechos justicia de Dios en él

1 Tim. 2:6: "El cual se dió a sí mismo rescate por todos". Rom. 10:4: "El fin de la ley es Cristo para justicia a todo aquel que cree". En Rom. 5:9, Pablo dice que somos justificados a través de la sangre de Cristo y en la explicación de esto dice que fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo. "Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituídos pecadores, así también por la obediencia de uno los muchos serán constituídos justos" (Rom. 5:19). Pero, ¿cómo? Pablo contesta en Rom. 4:5: Porque "su fe le es contada por justicia". No porque la fe sea en sí misma tan grande virtud, sino porque echa mano, acepta, abraza y posee a Cristo, quien es el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree. Porque esta es la justicia que Dios imputa sin obras a los que son bendecidos. Porque mediante la redención que es en Cristo Jesús somos justificados (Rom. 3:24). Jer. 23:6 dice: "Y este será su nombre que le llamarán: 'Jehová, Justicia Nuestra' ". 1 Cor. 1:30: "Nos ha sido hecho por Dios . . . justificación". 2 Cor. 5:21: "Para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él". Isa. 53:5, 6, 11: "El castigo de nuestra paz fue sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados". "Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros". "Por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos".

El Excitante Descubrimiento de la Vida Llena del Espíritu

Roberto D. Brinsmead

“El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.” Juan 10:10.

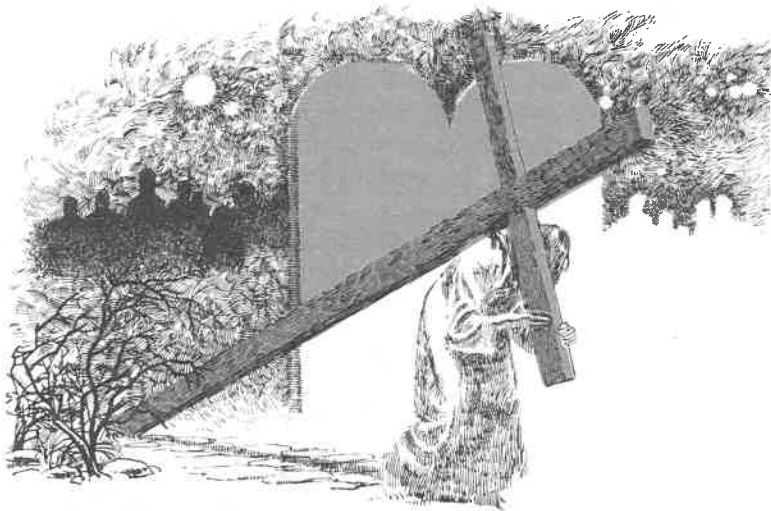
“Porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó.” 1 Juan 1:2.

“Y este es el testimonio: Que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en Su Hijo.” 1 Juan 5:11.

Únicamente la Palabra de Dios y el Espíritu de Dios pueden revelar a la mente humana la inconmensurable grandeza de la vida del cristiano. La vida del cristiano se encuentra en Cristo. Es nada menos que Cristo mismo. El apóstol Pablo dice: “Cristo, vuestra vida”. Col. 3:4.

Desde la eternidad Cristo era igual al Padre. Él era la gloria del cielo. Pero echó a un lado su corona real y se humilló a sí mismo para tomar la naturaleza humana. Nació la Majestad del cielo en el establo de un burro porque no había lugar para él entre los hombres. Todas las cosas por él fueron hechas--no obstante en la tierra no tenía siquiera dónde recostar su cabeza. No fue reconocido ni honrado, sin embargo dió al mundo una representación exacta del carácter de Dios.

Tomado de un sermón dictado por el Editor en la Iglesia Metodista Unida de Bogata, Texas el 18 de marzo de 1973.



La vida que él vivió en carne humana ante un universo asombrado no fue para sí mismo sino para nosotros. Él era nuestro Sustituto y Representante. Ante la justicia divina estamos obligados a rendir una perfecta obediencia a la ley de Dios (Rom. 2:13). Justicia es obediencia a la ley, y esto es lo que debemos dar a la ley, pero como pecadores somos incapaces de rendirla. En nuestro lugar y a nombre nuestro, Cristo rindió a esa ley todo lo que la justicia requería. Su vida fue una vida de asombrosa humildad y perfección infinita. No tan sólo él no cometió pecado, sino que también iba haciendo el bien por doquiera. Fue él Siervo incansable de las necesidades del hombre. Nada hizo para sí. En esa vida real no hubo un solo acto de egoísmo, ninguna palabra tosca, ninguna mirada impaciente, ningún pecado impuro ni disposición no santificada. En su humanidad reveló toda la excelencia divina y todos los nobles atributos.

Por esto San Pablo declara: "Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree". Rom. 10:4. Es decir, en Cristo Jesús hay una vida que cumple totalmente la ley, una vida que se mide con toda la grandeza e inmensidad de la ley de Dios.

En otro lugar, el apóstol dice: "Al que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él." 2 Cor. 5:21. Esto es, que la vida de Cristo contiene la justicia de Dios—toda la infinita justicia de Dios en su infinita plenitud.

Nuevamente declara el apóstol: "Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad". Col. 2:9. ¡Hablando de una vida llena del Espíritu. . . ! La vida del Hombre Cristo Jesús estaba llena de toda la plenitud del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En esta vida es que "están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento". Col. 2:3.

La vida de Cristo no sólo fue sin pecado, sino que es una vida en la que no hay muerte. Aunque gustó la muerte por todos los hombres, él "quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el Evangelio". 2 Tim. 1:10. La suya, fue una vida exaltada por encima del poder de la muerte y por encima de todos los principados y potestades.

Como creyentes, debemos confesar que nuestra vida es todo eso y nada menos que eso, porque Cristo es "vuestra vida". Permitid que la imaginación lo asimile. ¡Oh, pero jamás podrá abarcarlo! Contemplad la vida que Dios nos ha dado gratuitamente en el Don de Su Hijo. El nos ha dado una vida que se mide con la grandeza y magnificencia de la ley de Dios; una vida que contiene toda la justicia de Dios, todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento, toda la plenitud de la divinidad; una vida en la que no ha hay pecado, ni muerte, sino una vida exaltada muy por encima del poder de la muerte y sumergida en gloria eterna.

Cuando Dios nos dió a Jesús, nos dió una vida tan abundante que Pablo sólo pudo decir: "Nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo." Efe. 1:3. Dios vació el cielo, juntó todas las riquezas del universo, abrió los recursos del poder infinito y ha vertido todo el amor acumulado de la eternidad en el Don de Jesús. El no consintió que se dijese que una sola bendición de su vasto océano de infinita bondad había sido retenida. Y todo esto nos fue dado por él "para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús". Efe. 2:7.

La vida que Dios nos ha dado es tan abundante que es más grande y más sublime que lo que el más alto pensamiento humano pueda alcanzar. Tal vida "excede a todo conocimiento" (Efe. 3:19). ¿Qué mente puede comprender la plenitud de las riquezas de la eternidad? No de balde exclama Pablo:

“Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vió ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aún lo profundo de Dios. . . . Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido.” 1 Cor. 2:9, 10, 12.

Sin embargo, si no viéramos este “eterno peso de gloria” “a través de un espejo, en oscuridad” la superpoderosa gloria del mismo nos borraría de la existencia.

“Cristo. . . vuestra vida”. Nada, sino el Espíritu Santo, puede darnos la fe para descubrir una vida tan sorprendente. La fe mira a todo lo que la vida de Cristo ha hecho y a todo lo que la vida de Cristo contiene y dice: “Mías son todas estas obras y hazañas, más tanto como si las hubiera vivido y obra-do por mí mismo”.

¿Dónde está la vida del Cristiano?

A fin de que tan inestimable tesoro pudiera estar eternamente seguro para todo creyente, Dios sacó esta vida de la tierra y la puso a su diestra en el cielo. La vida del cristiano está asegurada a la diestra de Dios. Su tesoro se halla en el cielo, donde el ladrón no puede entrar ni hurtarla. Así lo escribió el apóstol a los creyentes colosenses:

“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.” Col. 3:1-4.

No erréis en notar la ubicación de la vida del cristiano. “Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. . . Cristo, vuestra vida”. Esta es nuestra Herencia, y está depositada en el cielo para nosotros. Porque Pedro declara:

“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.” 1 Ped. 1:3-5.

Mediante el Espíritu el creyente goza, aquí y ahora, solamente de las "primicias" o de las "arras" de su herencia (Rom. 8:23; Efe. 1:13, 14). Sabe bien que su cumplimiento se realiza en Cristo (Col. 2:10), de modo que, aguarda pacientemente su aparición. Mientras tanto, la justicia del cristiano se halla en el cielo (Fil. 3:20) y su verdadera vida está en el cielo (Col. 3:4).

La fe en el conocimiento de que nuestra vida real está fuera de nosotros nos da el valor para afrontar cualquier cosa. ¿Por qué sufrir ansiedad a causa de esta vida terrena, agitándonos cuando no tenemos las cosas y lamentándonos cuando las perdemos? Tal y como cantaba Lutero mientras viajaba hacia la dieta de Worms:

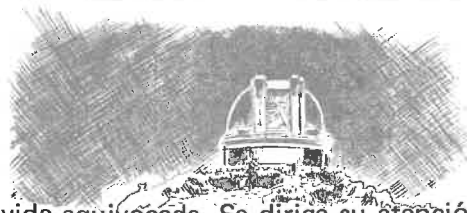
"Que lleven con furor
los bienes, vida, honor,
los hijos, la mujer,
todo ha de perecer,
y de Dios el reino queda."

Cuando encaró la perspectiva de muerte en manos de sus enemigos, Lutero comentó: "Que tomen mi vieja y miserable vida, si la quieren. Solamente me harán un favor". El sabía que su vida real se hallaba donde ningún demonio o enemigo humano podía tocarla.

¿Habitando en el cielo o en la tierra?

¿Cuál es, entonces, el excitante descubrimiento de la vida llena del Espíritu? Es el descubrimiento de una vida vivida hace ya 2,000 años. Vida que contiene toda la plenitud de Dios, toda su sabiduría y conocimiento, y toda su justicia. Es una vida de maravillosa perfección y de infinita santidad. Mediante la fe esa es nuestra vida. Está depositada con seguridad en el cielo. Nos justifica a la vista de Dios y nos da derecho a recibir todo lo que Dios considere necesario darnos del Espíritu Santo hasta que seamos glorificados en la aparición de Cristo.

En vista de este glorioso Evangelio, nos preocupa la dirección que sigue esta cuestión de "una vida de más profunda piedad". Nos preocupa porque está induciendo a la gente a establecerse sobre algo mucho menor que la vida más abundante. Nos concierne porque se le está enseñando a la gente a



mirar a la vida equivocada. Se dirige su atención hacia su interior a su propia experiencia, y suponen que teniendo alguna clase de realización interna de vida más abundante están listos para salir y proclamar el excitante descubrimiento de su experiencia llena del Espíritu.

Un amigo me contó cómo había subido al Monte Palomar, que se halla a varios miles de pies sobre un valle de California. Sentía una maravillosa sensación de elevación y de grande logro. Pero luego miró a través del gran telescopio y vio las galaxias lejanas en el espacio, a millones de años luz sobre el Palomar. Mientras contemplaba esas distancias tan vastas que anonadan la mente, el Monte Palomar parecía en comparación como un grano insignificante. Así también la vida más abundante que Dios nos ha dado en Cristo Jesús está muy por encima de la más alta experiencia de los santos aquí en la tierra, en igual proporción a las distancias que existen entre esas galaxias y el Monte Palomar. Cuando la gente se gloría en su experiencia "llena del Espíritu", es porque no han mirado aún por el telescopio de la Palabra de Dios para ver la vida llena de la plenitud total de Dios. En cambio, corren de uno a otro lugar jactándose de alguna experiencia raquílica en esta existencia mortal. ¡Qué fantástica representación falsa de la grandeza y magnificencia de la vida abundante que Dios nos ha dado en Cristo Jesús!

No de balde el apóstol Pablo se preocupaba al ver que la iglesia de Colosas estaba siendo desviada del Evangelio para buscar realización y plenitud en su experiencia terrenal. Después de haber dicho a la iglesia que tal plenitud se hallaba únicamente en Cristo (Col. 2:9, 10), hizo su llamado cristocéntrico:

"Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria". Col. 3:1-4.

Nuevamente, en su carta a los Filipenses, Pablo advierte a la iglesia en contra de los que se "glorían" en la "carne" (véase el cap. 3). Después de haber hablado humildemente de su propia experiencia y de sus propios logros, Pablo los amonesta:

"Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal". Fil. 3:18, 19.

El apóstol no se está refiriendo aquí a la mundanalidad común ni a la glotonería. Está enfilando una aguda advertencia en contra de un falso "evangelio". Tiene en mente a los que se glorían en cualquier otra cosa que no sea la cruz de Cristo Jesús. Su mirada está sobre sí mismos. No pueden ver nada más elevado que sus propios ombligos espirituales. Entonces, Pablo, por motivo de contraste, añade lo siguiente: "Mas nuestra ciudadanía [vida] está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo". Fil. 3:20. Estas palabras son tan claras que aún el que corre puede leerlas.

¿Se encuentra la vida en que nos gloriamos en el cielo o en la tierra? Esta es la pregunta vital de Pablo a los colosenses y a los filipenses. Y esa es la pregunta vital de esta hora.

Justamente, hace unos pocos días, cierto prelado protestante estaba enseñando a un grupo de niños esta nueva (pero muy vieja en sí) teología existencialista. Decía él: "Hubo un tiempo en que acostumbrábamos creer y enseñar que Cristo estaba en algún lugar lejano por allá arriba en el cielo. Ahora enseñamos que está dentro de nosotros, que el corazón es su trono y que éste es el lugar de su morada". Ahora bien, ningún creyente en la Biblia deja de creer que por medio de la Palabra y del Espíritu Cristo habita en el corazón del cristiano. Pero cuando esto se dice de tal forma que socava o echa a un lado la preeminente doctrina del Cristo exaltado, del Cristo objetivo sentado a la diestra de Dios, se abre la puerta de par en par al misticismo, al espiritismo, al panteísmo y a la más sentimental baba espiritual.

En el libro de apocalipsis, capítulo 13, se hacen notar dos grupos: aquellos que habitan en la tierra (Apoc. 13:8, 14) y aquellos que moran en el cielo (Apoc. 13:6). Es decir, una clase de adoradores encuentran su realización en esa vida exal-

tada a la diestra de Dios; la otra clase de adoradores la buscan en la tierra dentro de sí mismos. Este capítulo tiene una inmensa importancia para nosotros hoy día. Describe con terrible exactitud hacia dónde se encamina gran parte del protestantismo bajo la influencia de los así llamados reavivamientos (véase Apoc. 13:13, 14). Describe la batalla final entre la religión del cielo y la de la tierra. En esta batalla es que estamos comenzando a entrar, y el mundo religioso se está polarizando para el conflicto.

Envíe este cupón a: **Pregonero de Justicia**, Box 700, Fallbrook, CA 92028 USA

- Deseo unirme a la lista regular de suscriptores para continuar recibiendo gratuitamente el *Pregonero*.
- Les envío juntamente una lista de nombres y direcciones de mis amigos para que reciban un ejemplar gratuito y puedan tener la oportunidad de suscribirse por su propia cuenta.

Nombre _____

Dirección _____

CUPON DE PEDIDOS

(indique la cantidad que desea recibir y escriba su nombre y dirección abajo)

VOLANTES

FOLLETOS

_____ *El Cristo de la Historia*

_____ *Justificación Católica contra Protestante*

_____ *El Gobierno Ideal*

_____ *Cuatro Grandes Certezas*

PREGONERO DE JUSTICIA

_____ Vol. 1, Núm. 1

"El Bautismo del Espíritu Santo"

_____ Vol. 1, Núm. 2

"El Pentecostalismo Retado y Refutado" (límite—uno)

_____ Vol. 1, Núm. 3

"El Mensaje de San Pablo" (límite—uno)

_____ Núm. Especial

"La Justificación por la Fe"

_____ Vol. 2, Núm. 1

"Paradojas Bíblicas"

_____ Vol. 2, Núm. 2

"Protestar o Perecer"

_____ Núm. Especial

"La Justificación por la Fe y el Movimiento Carismático"

_____ Vol. 3, Núm. 1

"La Ley y el Evangelio"

_____ Vol. 3, Núm. 2

"El Mensaje del Movimiento de Santidad"

_____ Vol. 3, Núm. 3

"El Poder de la Imputación"

Nombre _____

Dirección _____

